

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Febrero 2008

¿UN MOMENTO SUEZ?

Paul Rogers

En el otoño de 1956 el Reino Unido se embarcó en una operación militar para tomar el control de la Zona del Canal de Suez. Anteriormente en ese año, los egipcios habían nacionalizado el canal, fundamentalmente para obtener ingresos con el fin de apoyar el desarrollo del país y, en especial, la construcción de la presa alta de Aswan, aunque también como signo del sentido de nacionalidad que siguió al ascenso del nacionalismo árabe a principios de los años 50. Públicamente, la operación británica se llevó a cabo junto con Francia, y secretamente, con los israelíes. Siguió a un periodo de varios años en el que, en virtud de un tratado, se había permitido al Reino Unido mantener tropas en la Zona del Canal de Suez, incluso después de que Egipto obtuviera su independencia.

Para el gobierno británico, encabezado por Anthony Eden, la decisión del presidente Nasser de nacionalizar el canal fue tanto una ofensa política como un problema estratégico. Antes de las revoluciones de los supertanques y los contenedores, la mayor parte del comercio marítimo entre Europa y la región de Asia/Pacífico se realizaba a través del Canal de Suez, y los gobiernos en París y Londres encontraban inaceptable que el canal saliera del control comercial de un país europeo. Para el gobierno británico y especialmente para Eden, la decisión del presidente Nasser era un insulto directo a la posición imperial británica; Eden comparó a Nasser con Hitler.

En el contexto global, el Reino Unido todavía se veía como una potencia mundial. Algunas colonias en África occidental empezaban a obtener su independencia –Costa de Oro se convirtió en Ghana–, pero el Reino Unido retenía sus lazos en todo el mundo: su Marina disponía de portaviones que podían operar casi en cualquier lugar, su fuerza aérea tenía bases en el sudeste asiático, y sus fuerzas armadas rondaban el millón de soldados. De hecho, hasta la retirada de la zona del Canal a mediados de los años 50 cuando expiró el tratado, las fuerzas armadas británicas desplegadas allí casi alcanzaban el tamaño de todo el ejército británico actual.

Fue en este contexto en el que el resultado de la crisis de Suez fue tan fundamental. La operación franco-británica implicó desembarcos anfibios masivos en la zona norte del canal en Port Said, pero también incluyó grandes bombardeos de las pistas de aterrizaje egipcias y operaciones navales contra la Marina egipcia, todo ello supuestamente para proteger el canal de un conflicto israelí-egipcio en el Sinaí, que había sido iniciado por Israel en complicidad con Francia y el Reino Unido. La reacción internacional fue inmediata y muy crítica. La administración estadounidense de Eisenhower mostró su preocupación de que esta aventura colonial tardía exacerbara el crecimiento del nacionalismo árabe anti-occidental. Se ejerció una enorme presión financiera sobre Francia y el Reino Unido y se forzó un alto el fuego de los dos países antes de que se alcanzaran remotamente los objetivos militares, y sólo el maquillaje de una fuerza de emergencia de la ONU en el Sinaí dio cierta apariencia de estabilidad posconflicto.

El 'momento Suez' fue para el Reino Unido incluso más grave que la catastrófica pérdida francesa de su acuartelamiento de Dien Bien Phu en Indochina dos años antes, que resultó en la retirada precipitada de la región. Los franceses estaban todavía decididos a mantener sus posesiones en África, especialmente Argelia, que llevaría a un largo y duro conflicto a finales de los años 50. Para el Reino Unido, sin embargo, Suez marcó el final de una era, con la dimisión poco después de Anthony Eden, un hombre destrozado. Fue sustituido por Harold Macmillan quien, con su capaz Secretario para las Colonias, Ian Macleod, aceleró el proceso de descolonización y finalmente la retirada del este de Suez. La percepción del Reino Unido de sí mismo como una de las tres grandes potencias mundiales llegaba a su fin.

Un siglo americano

Cincuenta años después, una de las preguntas centrales es si Estados Unidos puede mantener su posición como la única superpotencia mientras se complican y se enquistan de forma inesperada las guerras de Irak y Afganistán. ¿Se mantendrán las políticas actuales a lo largo de la próxima administración, o los Estados Unidos experimentarán su propio 'momento Suez'?

La situación es diferente en dos niveles, aunque también pueden existir semejanzas. Una de las diferencias es que la administración Bush llegó al poder en un momento de gran influencia de los elementos neoconservadores. La creencia en la idea de un Nuevo Siglo Americano era dominante en la nueva administración, y se centraba en la visión de que el colapso del comunismo a principio de los años 90 significaba que el mercado libre y la democracia liberal al estilo americano era la única vía de futuro para el mundo. En los años 50, el Reino Unido se aferraba a la idea de que aún era una gran potencia, incluso si era una entre tres; pero Estados Unidos se ve a sí mismo cincuenta años después como el líder mundial indiscutible –la Paz Americana del siglo XXI sería mucho más global que la Pax Británica de finales del siglo XIX.

Este factor refleja en otra diferencia: a principios del siglo XXI Estados Unidos era la potencia militar indiscutible, superando con mucho las capacidades de cualquier otro país y acercándose a la posición que hoy ocupa, con un presupuesto militar que supera el gasto militar combinado del resto de los países a nivel mundial.

La semejanza, sin embargo, radica en la clara posibilidad de que Estados Unidos se haya superado a sí mismo, de la misma forma que el Reino Unido se engañaba con la percepción sobre sí a mediados de los años 50. Esto se analiza mejor en términos de los resultados esperados a las vigorosas respuestas a las atrocidades del 11-S.

Expectativas

El atentado del 11-S constituyó un acontecimiento atroz que se equipara con frecuencia a Pearl Harbour en 1941. No es una buena comparación porque Pearl Harbour fue un ataque a una base militar lejana por parte de un estado beligerante en la era pre-televisiva, mientras que el 11-S golpeó el corazón de América, fue totalmente inesperado y se contempló en todo el país en directo. En los dieciocho meses siguientes siguió una respuesta extraordinariamente vigorosa que implicó represalias directas por el atentado junto a una reafirmación más amplia de la influencia estadounidense.

Hubo tres elementos principales de la respuesta. El primero fue que el régimen talibán en Afganistán fue derrocado. Lo que emergería sería un país pro-occidental con una presencia militar estadounidense a largo plazo. Además, la caída del régimen talibán también implicó el establecimiento de bases estadounidenses en los países de Asia Central, como Uzbekistán. Estos lazos, en una región que se extiende desde el Caspio en el este a través de Kazajistán, aumentarán enormemente la influencia de Estados Unidos en una parte del mundo muy rica en petróleo, al tiempo que limitará el poder de Rusia y China.

El segundo elemento resultó en la dispersión del movimiento Al Qaeda. Expulsados de Afganistán, con numerosos líderes muertos o capturados, y con muchos de sus elementos de apoyo clave detenidos indefinidamente, el movimiento no sería más que una sombra de lo que fue. No se esperaba que el movimiento desapareciera, pero la amenaza fue sin duda enormemente empuñada.

Finalmente, al acabar con el régimen de Saddam Hussein en Irak, hubo varios resultados que beneficiaron enormemente a Estados Unidos y sus aliados cercanos. El propio Irak perdió su cruel e

impredecible líder, que fue reemplazado por un régimen pro-occidental. Con más de una décima parte de las reservas de crudo mundiales, Irak no era necesariamente un foco central de los intereses petroleros de Estados Unidos, pero ciertamente redujo la importancia de Arabia Saudí, un resultado útil dado el apoyo variable del país a los intereses de seguridad de Estados Unidos en el Golfo.

Otro resultado fue el desarrollo de una economía de libre mercado en Irak que implicó la privatización masiva de los bienes estatales, un sistema de impuestos plano y una regulación financiera mínima. Éste fue un experimento significativo realizado bajo la Autoridad Provisional de la Coalición bajo Paul Bremer y resultó en un sistema de libre mercado que excedió con mucho lo que sería posible en Estados Unidos, con sus sindicatos, regulaciones financieras y otras restricciones.

Quizá más importante fue el anticipado efecto en Irán, un estado formidablemente rico en petróleo y gas y con una población de 75 millones, que era considerado como la amenaza real a los intereses de seguridad de Estados Unidos en el Golfo. Con bases estadounidenses en Afganistán al este y en Irak al oeste, y con la Quinta Flota controlando las aguas del Golfo Pérsico y el Mar Árabe, cualquiera que fuese el régimen que estuviera en el poder en Teherán, tendría gran cuidado en evitar enfrentarse a Estados Unidos.

Se esperaba confiadamente que todos estos elementos, enfocados a terminar con los regímenes en Afganistán e Irak y poner coto a Al Qaeda, se lograrían antes de finales de 2003, poco más de dos años desde el 11-S. La influencia de Estados Unidos se habría consolidado, aquellos responsables de las atrocidades del 11-S habrían sido castigados y el Proyecto para un Nuevo Siglo Americano habría recibido un considerable impulso.

Resultados

Los resultados reales han sido radicalmente distintos pero, aun así, no está claro si conducen a un 'momento Suez' para los Estados Unidos. En Afganistán, la inteligencia estadounidense admite que el gobierno de Karzai controla apenas el 30% del país, mientras que la mayor parte sigue bajo el control de los señores de la guerra locales y las milicias talibán tienen influencia en la mayor parte del sur y el sureste del país. Estas milicias se están beneficiando del acelerado aumento del cultivo de amapola, lo que produce cuantiosos ingresos ilícitos al país, la mayor parte de los cuales acaba bajo el control de las milicias.

Al otro lado de la frontera, en el oeste de Pakistán, extensas áreas de Waziristán del Norte y del Sur y otros distritos fronterizos están bajo el control talibán, Al Qaeda y otros grupos paramilitares. Tanto en Pakistán como en Afganistán, enero y febrero han registrado alzas sustanciales de la violencia, especialmente en términos de un marcado aumento de bombas en las cunetas y ataques suicidas. En respuesta a estos problemas, la administración Bush espera ampliar su apoyo al ejército paquistaní en los distritos fronterizos y está considerando un aumento de fuerzas en Afganistán (ver el informe mensual de enero, OTAN, *Una Sensación de Crisis*), que elevaría el contingente de tropas extranjeras en el país a cerca de 70.000. Ambos resultados son cuestionables, con una mayor involucración paquistaní que aumenta el riesgo de que crezca el anti-americanismo y el aumento de tropas en Afganistán que añade presión al ya presionado ejército estadounidense.

En Irak, el envío de cinco brigadas de combate adicionales durante 2007 inicialmente tuvo un efecto significativo en la reducción de los altísimos niveles de violencia que han afectado a la mayor parte del centro y norte de Irak. En diciembre de 2007 las bajas militares de Estados Unidos y las víctimas civiles iraquíes se habían reducido un 70% o más, pero la mayor parte se debió a la tregua de seis meses declarada por una de las dos de las milicias chiíes más poderosas, el Ejército de Al Mahdi. Además, muchas de las áreas urbanas que anteriormente contaba con poblaciones mezcladas se han consolidado en comunidades chiíes o suníes, rebajando el riesgo de violencia intercomunitaria, pero al

coste de perder la relativa tranquilidad de los barrios en que anteriormente convivían ambas comunidades. También, al costo de movimientos masivos de refugiados, con cerca de dos millones de iraquíes desplazados internamente y un número similar en países vecinos.

Otro factor fue la decisión del ejército estadounidense de recabar la ayuda de los grupos suníes opuestos a los niveles de violencia civil generados por elementos de Al Qaeda dentro del país. El ‘despertar’ de estos grupos fue efectivo para combatir a unidades de Al Qaeda, pero a principios de 2008 el número de integrantes habían aumentado a 70.000, todos pagados y armados por Estados Unidos. A finales de febrero aparecieron señales de insatisfacción en algunos de estos grupos a medida que veían pocos cambios en el dominio de los partidos políticos chiíes en el gobierno iraquí. Además, los grupos pueden haber estado financiados y armados por Estados Unidos, pero hay evidencia sustancial de que siguen firmemente opuestos a la presencia estadounidense, a la que consideran como una potencia ocupante, incluso si ha sido temporalmente útil a sus fines.

Más allá de esto, otra cuestión es el de las muertes de civiles en Irak y Afganistán –entre 80.000 y 150.000, dependiendo de la metodología de evaluación, con al menos una cifra similar de heridos graves. Desde el 11-S al menos 120.000 personas han sido detenidas sin juicio, algunos durante seis años o más. Sólo en Irak, según se informó en febrero, 27.000 sospechosos de pertenecer a la insurgencia estaban detenidos en prisiones militares estadounidenses y al menos 10.000 más en prisiones del gobierno iraquí. La alta tasa de muerte de civiles, la elevada cifra de detenciones y casos de tortura, abuso y “rendición” de prisioneros conduce a un mayor apoyo a los grupos islamistas radicales.

Además, el disperso y poco cohesivo movimiento de Al Qaeda ha probado ser significativamente duradero y capaz de evolucionar en distintos escenarios. Junto a su fortaleza en el Sudeste asiático, también ha ganado influencia en Argelia, Marruecos y Líbano, y ha habido informes de un grupo revitalizado en Libia que se opone firmemente al acercamiento entre Gaddafi y Occidente. En Somalia, grupos radicales islamistas mantienen su influencia en un entorno muy volátil, mientras las fuerzas estadounidenses responden con ataques con misiles en el sur del país.

Los acontecimientos en el Sudeste asiático, Oriente Medio y el Norte de África ocurren en paralelo a aumentos de los recursos antiterroristas en los países occidentales. En el Reino Unido, por ejemplo, la ampliación es bastante significativa. Además del Comando Antiterrorista en Londres, se han creado tres grandes centros –Unidades Antiterroristas- en Leeds, Manchester y Birmingham para concentrar nuevos recursos en localizaciones concretas, que contarán con 2.000 personas trabajando en ellos en un año, y se localizan en paralelo con nuevas oficinas regionales del Servicio de Seguridad del Reino Unido (MI5). Se espera fundar un cuarto centro en el sur de Inglaterra y crear cinco centros más de Unidades de Inteligencia Antiterrorista en diferentes puntos de Inglaterra y Gales.

El Servicio de Seguridad era la principal agencia de inteligencia en el momento álgido de los problemas en Irlanda del Norte en los años 90, pero se ha considerado que sus recursos son totalmente inadecuados para abordar los actuales problemas. Como resultado, su personal ha crecido de 2.000 personas en 2001 a 3.300 actualmente, y se espera que en los próximos tres años se sitúe en 4.000. En conjunto, el presupuesto de seguridad interna en el Reino Unido crecerá de 2,5 billones de libras actualmente a 3,5 billones de libras en 2011.

¿Un Momento Suez?

En relación con estos cambios en los países occidentales hacia la “guerra contra el terrorismo” en sentido amplio y sus numerosos problemas lleva a la conclusión de que hay una necesidad crítica de una revisión profunda de toda la estrategia de las operaciones militares y de seguridad occidentales desde los atentados del 11-S. Hace ocho o diez meses había indicios de ello en Estados Unidos. Los

intensos debates en el Congreso comenzaron a manejar la idea de una retirada de tropas amplia de Irak. Buena parte de este pensamiento arranca de las conclusiones del Informe Baker-Hamilton del otoño anterior.

En la práctica, esto no se ha materializado. Además, a medida que progresa la campaña de las elecciones presidenciales de 2008, las cuestiones de Irak, Afganistán y la “guerra contra el terrorismo” no se han situado en primer plano de la manera que muchos analistas podían esperar. Esto puede cambiar, pero el efecto hasta ahora se ha debido mayormente al impacto del aumento de tropas en Irak. Éste ha tenido el efecto de reducir el nivel de violencia lo suficiente como para dar una impresión de que progresa la campaña militar; por el contrario, ha resultado en el desarrollo de un análisis político conservador de que la guerra en Irak puede ganarse, y que, por tanto, cualquier retirada en este momento, o en los próximos dos o tres años, sería desperdiciar una victoria. Esta es una argumentación potente que para un oponente demócrata a la presidencia será difícil rebatir durante la campaña, por no hablar del caso en que entrara en la Casa Blanca el próximo enero.

Una perspectiva amplia sobre la guerra podría bien sugerir que la ocupación de países en Oriente Medio y el Sudeste asiático es sencillamente imposible a principios del siglo XXI, pero no es así como se ve en Washington, y el éxito parcial del aumento de tropas es en buena medida responsable de ello. En un sentido, la reducción de la violencia en Irak es muy bienvenida en el sentido de que muchos miles de personas no han muerto o no han sido gravemente heridas en los últimos meses, pero esto no puede esconder la sombría consecuencia que otro resultado: que un ‘momento Suez’ para Estados Unidos está por llegar, y una prolongación a largo plazo de la ocupación y el conflicto en Irak y Afganistán es una consecuencia inevitable. Ese será un tema de gran satisfacción para el movimiento de Al Qaeda en su conjunto, dejándonos con la amarga ironía de que una operación militar que ha logrado cierta reducción de la violencia es probable que signifique una guerra mucho más larga.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos via e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra en condición de hacerlo. Traducido al castellano por Nuria del Viso.



Copyright © Oxford Research Group, 2007

Ciertos derechos reservados. Este informe se encuentra licenciado bajo Atribución-NoComercial-NoDerivada Licencia 3.0 de Creative Commons. Para mayor información visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>.